de dignidad, de encanto personal, de buenas maneras, que im presionó a Úrsula en los breves instantes en que asistió a la visita. Al cabo de dos horas, cuando la conversación empezaba a languidecer, Amparo aprovechó un descuido de Amaranta y le entregó una carta a Rebeca. Ella alcanzó a ver el nombre de la muy dist inguida señorita doña Rebeca Buendía, escrito con la misma letra metódica, la misma tinta verde y la misma disposición preciosista de las palabras con que estaban escritas las instrucciones de manejo de la pianola, y dobló la carta con la punta de los dedo s y se la escondió en el corpiño mirando a 95Amparo Moscote con una expresión de gratitud sin término ni condiciones y una callada promesa de complicidad hasta la muerte. La repentina amistad de Amparo Moscote y Rebeca Buendía despertó las esperanzas de Aure liano. El recuerdo de la pequeña Remedios no había dejado de torturaría, pero no encontraba la ocasión de verla. Cuando paseaba por el pueblo con sus amigos más próximos, Magnífico Visbal y Gerineldo Márquez -hijos de los fundadores de iguales nombres -, la buscaba con mirada ansiosa en el taller de costura y sólo veía a las hermanas mayores. La presencia de Amparo Moscote en la casa fue como una premonición. «Tiene que venir con ella -se decía Aureliano en voz baja -. Tiene que venir.» Tantas veces se lo rep itió, y con tanta convicción, que una tarde en que armaba en el taller un pescadito de oro, tuvo la certidumbre de que ella había respondido a su llamado. Poco después, en efecto, oyó la vocecita infantil, y al levantar la vista con el corazón helado de pa vor, vio a la niña en la puerta con vestido de organdí rosado y botitas blancas. -Ahí no entres, Remedios -dijo Amparo Moscote en el corredor -. Están trabajando. 96Pero Aureliano no le dio tiempo de atender. Levantó el pescadito dorado prendido de una cadeni ta que le salía por la boca, y le dijo: -Entra. Remedios se aproximó e hizo sobre el pescadito algunas preguntas, que Aureliano no pudo contestar porque se lo impedía un asma repentina. Quería quedarse para siempre, junto a ese cutis de lirio, junto a esos ojos de esmeralda, muy cerca de esa voz que a cada pregunta le decía señor con el mismo respeto con que se lo decía a su padre. Melquíades estaba en el rincón, sentado al escritorio, garabateando signos indescifrables. Aureliano lo odió. No pudo hacer nad a, salvo decirle a Remedios que le iba a regalar el pescadito, y la niña se asustó tanto con el ofrecimiento que abandonó a toda prisa el taller. Aquella tarde perdió Aureliano la recóndita paciencia con que había esperado la ocasión de verla, Descuidó el trabajo. La llamó muchas veces, en desesperados esfuerzos de concentración, pero Remedios no respondió. La buscó en el taller de sus hermanas, en los visillos de su casa, en la oficina de su padre, pero